

Intentos y realizaciones de la Congregación Benedictina de Santa Otilia en Suramérica*

Una congregación benedictina como la de Santa Otilia, originada al sur de Alemania y nacida como otras –como es el caso de las de Subiaco, Beuron y Helveto-Americana– en las últimas décadas del siglo XIX, pero con una prospectiva misionera, no podía quedar indiferente ante una situación casi crónica de urgencia pastoral en una buena parte de los países suramericanos, los cuales en aquel mismo siglo lograron su etapa independiente y cuyas Iglesias locales se debatían en multitud de problemas y desaffos.

Si bien en una primera época, la limitación numérica de aquellos primeros monjes benedictinos, y a la par misioneros –*Missions-benediktiner*–, les forzó a ceñirse a una parte del oriente africano y seguidamente a un punto del oriente asiático, su ideal *pro missionibus exteris* no suponía de por sí limitación alguna en la “tierra de misión” o “misión viva”, aunque sí una condición clave: que la tarea misionera viniera dada por la irradiación cristiana y espiritual de la comunidad benedictina en su entorno y, consecuentemente, sobre la base de grandes o pequeñas comunidades. Más en concreto se miraba, según la mente del iniciador Padre Andrés Amrhein, a desarrollar un centro monástico con varios prioratos.

De hecho, la primera casa erigida canónicamente fuera de Europa sería la de Pugu (actual Tanzania) y ésta como el primer monasterio propiamente tal de la naciente congregación de Santa Otilia, ya que, por entonces, en la misma Alemania este tipo de casas específicamente religiosas no estaban permitidas. El 7 de febrero de 1888, en efecto, se iniciaba en

* El autor es monje benedictino, sacerdote, del Monasterio San José del Ávila (Gülgue, Valencia, Venezuela).

Pugu una austera vida monástica de acuerdo con el horario y costumbres de la casa fundadora —horario y costumbres más o menos pautados, a su vez, por la tradición beuronense, vivida por el iniciador Amrhein en el monasterio de su profesión, San Martín de Beuron.

En 1909, Santa Otilia daba un gran paso hasta el lejanísimo Seúl (Corea) inaugurando, también como en Pugu, un monasterio bajo el titular de San Benito. Allí, desde el primer momento, los intrépidos monjes llegados de Santa Otilia —como se documenta en las crónicas de aquellos años— llevaban un género de vida netamente monástico, centrado en la doble tarea de la oración litúrgica y privada (misa conventual y vísperas diariamente cantadas, así como diaria adoración del Santísimo Sacramento), y del trabajo, máxime por parte de los Hermanos, en la agricultura, etc. Esta comunidad recibía al poco tiempo —antes de un año— el rango de priorato conventual, no obstante el hecho de que sus miembros no alcanzaban aún el número requerido para ese *status*, por lo que Roma accedió a conceder una dispensa *ad hoc*. De alguna manera, no era sino el reconocimiento a una comunidad tan fiel al programa propio del *Ora et Labora*. No hay que olvidar que, ya desde su primera redacción, las Constituciones, al hablar de los prioratos conventuales, incluso en tierras de misión, establecían que “la disciplina regular ha de ser observada plenamente en estas casas”¹.

Ambas fundaciones, la de Pugu y Seúl, vendrían a ser como el punto de partida del subsiguiente desarrollo benedictino-otiliense en África y Asia con sus abadías, prioratos, puestos de misión, etc., desarrollo que aun no sólo no ha terminado, sino que tiende a crecer.

Algunos años después, en la preguerra europea (1914-1918), el sucederse, sin embargo, de los acontecimientos —que aquellos pioneros de la congregación otiliense, todavía en proceso de formación, veían con una fe enorme como signos de la divina Providencia— les fue señalando tanto el mismo ritmo fundacional como la implantación de su ideal en las distintas geografías; o, si se quiere, aquellos primeros pasos, efectuados sin prisa pero sin demasiada pausa, nos ilustrarían en qué medida la incidencia de aquel ideal fue objetivándose en geografías tan diversas y en el lapso de sus primeros años.

¹ Estatutos, n. 285,3.

En este contexto habría, pues, que interpretar algo de lo que tal vez pocas personas estarían hoy al corriente dentro del mundo benedictino: nos referimos a la enorme confusión generalizada derivada, poco más adelante, de la revolución de 1918 con la gran depresión de los años de inflación y sus duras consecuencias en aquella sociedad de posguerra. Lo que, pese a tanta inquietud y a horizonte tan oscuro, no impidió el que se tratara de atender a los compromisos que la congregación tenía asumidos. Se sabe que incluso hubo por aquellos días solicitudes de fundaciones provenientes de Ucrania y de Polonia y cómo el archiabado Norberto Weber vio con buenos ojos estas posibilidades, sobre todo cuando el metropolitano y conde Szepticki, de Lvov (Ucrania), se presentó en Santa Otilia, quedando nuestro archiabado tremendamente impresionado ante tan excepcional personalidad.

Por lo demás, finalizada la llamada "Guerra del 14", se empezaron a conocer esfuerzos generalizados para ir recuperando la marcha de la vida religiosa en todas sus formas y variantes. Paralelamente, el movimiento misionero de la Iglesia católica iba a caracterizar aquel siglo, por impulso de los papas de entonces, precisamente como "el siglo de las misiones". Todo lo cual daría origen, obviamente, a una intensificación del entusiasmo y planes misioneros y misionales por parte de los obispos, vicarios apostólicos, sacerdotes misioneros, congregaciones misioneras, etc., destacados en territorios dependientes de la Congregación romana de Propaganda Fide, encargada de la tarea misionera a nivel mundial.

Dato a tenerse en cuenta es el que nuestra congregación otiliense dependía de aquella Congregación romana en lo misionero. Desarrollaba esta última un enorme trabajo en este terreno y ello con una visión, si no absorbente, sí administrativamente centralizadora. Cuando en 1883 el Padre Amrhein salía de su monasterio de profesión con el propósito de poner en marcha la nueva congregación benedictina-misionera, se puso de inmediato bajo la jurisdicción de Propaganda Fide; y cuando en 1902 el monasterio de Santa Otilia era promovido a la categoría de abadía, lo sería no por la Congregación romana de Religiosos, sino por la de Propaganda. Sin embargo, cuando ya en 1924 la congregación otiliense —erigida diez años antes— daba los primeros pasos en Roma para la aprobación de sus Constituciones ante Propaganda, las remitió ésta a la de Religiosos como algo concerniente al elemento monástico y no propiamente misional.

Ambas Congregaciones romanas se mostraron muy comprensivas y alentadoras con la consolidación de la nueva congregación benedictina y misionera. Les constaba que la afluencia vocacional a la misma llevaba un ritmo acelerado; por otra parte, las necesidades de evangelización en tierras de misión eran perentorias y acuciantes y no podía, por tanto, desdeñarse, ni mucho menos, este signo providencial que repercutiría tan positivamente en el laboreo misionero de la Iglesia.

Perú, un proyecto non nato

Mientras tanto, en nuestro continente americano los territorios de misiones en áreas habitadas, con más o menos densidad, por los aborígenes o indios cristianizados venían dependiendo de la Propaganda Fide, al tiempo que de las Iglesias tradicionales, o de criollos e inmigrantes posteriores; funcionaban en pueblos y ciudades como Iglesias locales constituidas, por lo general, desde su primer momento². No faltaban entre estas últimas quienes llevaban una vida de subsistencia y en condiciones desfavorables por escasez de clero propio y de no muy aceptable formación, según países y países, cosa que no dejaba de quitar el sueño al episcopado local así como a la misma Santa Sede romana. Era una situación que, con mayor o menor incidencia, venía arrastrándose desde el siglo XIX³, aunque se conocían también medidas aquí y allí tendentes a ir afrontando esta situación y ello como un desafío prioritario.

Cuando en Santa Otilia —que acababa de estrenarse como cabeza de la congregación del mismo nombre— su archiabado Norberto Weber entablaba contactos en vistas a la aceptación de una tarea en el Perú central —concretamente en el territorio eclesiástico de Huánuco—, el obispo local hablaba de “una parroquia y de la dirección de los seminarios mayor y menor”, mientras que los anales de la archiabadía hacen constar que se

² A. García y García, “Organización territorial de la Iglesia”. *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas. (Siglo XV-XIX)*. I. Madrid, 1992, p. 139.

³ A. de Egaña, sj. *Historia de la Iglesia en la América Española. Desde el descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX*. (BAC). Madrid, 1966, p. 1053. La bibliografía actual sobre esta materia es abundante y, por lo general, valiosa.

trataba de "una misión en Perú". El buen prelado, Pietro Paulo Drinot, urgido de personal, como otros tantos prelados suramericanos, se conformaba de momento con cuatro benedictinos que él creía podían realizar verdaderos milagros...; pedía "sólo" tres Padres y un Hermano. Es lo que puede leerse en documentación del archivo ottiliense en diciembre de 1919. Esa misma fuente atestiguaría que un mes después —finales de enero de 1920—, en una reunión capitular especial y "monográfica", presidida por el archiabado Weber y sus dos abades asistentes Vogel y Maier, de Müsterscharzach y Schweiklberg respectivamente, y por tanto por la plana mayor de la congregación, se decidió aceptar la invitación y propuesta venidas del lejansimo país andino, lo cual suponía un salto no sólo geográfico sino cualitativo en el horizonte de la congregación ottiliense ya que, al llamado de la tarea propiamente misionera se añadía ahora lo que las Declaraciones a la Santa Regla salidas del Capítulo General de 1972 —y por tanto mucho más tarde— llamarían "servicio y ayuda a las Iglesias en estado de necesidad"⁴.

Sin embargo, el proyecto peruano sería algo *non nato*. Al cabo de unos nueve meses es cuando se podrá leer en el documento antes citado la nota siguiente que lleva fecha del primero de septiembre: "Dentro de tres semanas, más o menos, serán destinados al Perú los Padres Lucio Roth, Felipe Lenz y el Hermano Macario Fuchs, a los que se ha de agregar el Padre Otto". Se había convenido con el obispo, Mons. Drinot, que enviaría éste sin falta el dinero para el viaje. Se aseguraba que, efectivamente, el obispo lo había mandado a Santa Otilia, pero allí nadie sabía nada. El Padre Felipe fue enviado a lo que, pocos años después, sería la abadía de Yenki (Manchuria) y los otros dos Padres —Lucio y Otto— a la semifundación de Los Cabos, en Asturias (España), casa de la que se desprendió la abadía de Samos, y a su vez dejada por Santa Otilia "porque no ofrecía posibilidades de desarrollo", según se lee en una nota de los anales de la congregación. Pero se llegó a comentar *ad intra* que, "sin haberse realiza-

⁴ Introducción, I. Ya en la Presentación a dichas Declaraciones, el archiabado Enrique Suso Brechter decía: "Además, de la predicación del Evangelio entre los pueblos no cristianos, se ha incluido en nuestro programa de trabajo fortalecer la fe en las Iglesias en desarrollo y en estado de necesidad..." Estas Declaraciones fueron suprimidas en el Capítulo General de 1988.

do la misión de Perú, la casa de Los Cobos hubiera podido servir de plataforma para Suramérica, que por entonces entraba ya en los planes posibles de Santa Otilia, como se vio de inmediato en las fundaciones de El Chaco (Argentina) y de Caracas, nacidas el mismo año 1923". La reflexión viene recogida por el Padre Frumencio Renner en su historia de la congregación, hablando de este asunto⁵.

Cuatro intentos en suelo argentino

Por más de un motivo Argentina parecía, en las primeras décadas de este siglo, un país muy atractivo. Resultó ser además con el tiempo uno de los países que proporcionaría a las órdenes y congregaciones religiosas buenas vocaciones. Por otra parte, lo inmenso de su extensión hacía que los terrenos abundaran como para iniciar en ellos algún tipo de desarrollo.

Un primer intento de fundación se conoció cuando los monjes de Santa Otilia, en 1923, aceptaban una hacienda ofrecida por el senador del Estado argentino, doctor Luis García, en una población ubicada cerca de Pergamino, llamada Mariano Benítez. Pero al medio año ya informaban los anales ottilienses que "por la situación desfavorable hubo de ser abandonada". Habían iniciado allí su trabajo tres monjes que, en vistas del resultado negativo, terminaron siendo enviados a la fundación de Venezuela.

Aquel mismo año Mons. Dávila, obispo de Córdoba, ofrecía a la congregación la dirección del centro docente llamado "Instituto Robles", en la citada ciudad, al mismo tiempo que una parroquia por la misma zona, e incluso el santuario de San Roque, en La Cumbre, centro de piadosas peregrinaciones populares. Una vez más añadiría el citado cronista de la archiabadía ottiliense que "la Unión Popular Católica (UPC), de la que hubiéramos recibido el Instituto, no pudo cumplir con sus obligaciones para con nosotros. Y lo de La Cumbre se abandonó porque a algunos no

⁵ F. Renner, osb, *Der Fünfarmige Leuchter*. 4 Vols. Sta. Otilia, 1970-1990. Un buen compendio en lengua inglesa y en un solo volumen: G. Sieber, osb, *The Benedictine Congregation of St. Ottilien*, St. Ottilien, 1992.

les parecía ventajoso todo aquello. Sin embargo, no consta propiamente si esta opinión tenía algún fundamento”.

No cesaban las ofertas y al año siguiente nuevamente se ofrecía a Santa Otilia una escuela artesanal en Los Cóndores, no lejos de la población Modesto Acuña, pero “bien pronto –según los citados anales– algunos cohermanos perdieron la esperanza de un desarrollo favorable al irse acrecentando las dificultades para una fundación estable”. El Padre archiabado, en vista de ello, hubo de viajar a Argentina en verano de 1924. Allí, *in situ*, examinó todo con la mayor objetividad posible, redactando el correspondiente informe. Muy poco después se decidió el retiro definitivo de la congregación, pero eso no se llevó a cabo sino en los primeros meses del año 1928. El personal en su mayoría, como ya se ha dicho, fue a parar a Venezuela, suponiendo una valiosa ayuda para la reciente presencia otiliense en este país caribeño, de modo que la pequeña comunidad que acababa de situarse en Caracas y Maracay, sin tener arte ni parte, resultó ser la verdadera ganadora de todas aquellas tentativas que no llegaron a caminar en Argentina.

Completemos esto diciendo que, desde el punto de vista propiamente monástico, Los Cóndores fue por muy breve tiempo un reducido priorato simple, pero nada consta de su vivencia en este aspecto.

Finalmente, a esta última comunidad fue asignado un tal Padre Pablo Sauter, quien había querido poner en marcha, muy lejos de allí, en el Gran Chaco, un proyecto de colonización, mientras que sus demás cohermanos intentaban siquiera dar algunos pasos en firme en aquella gran república sureña. Se había conocido en los comienzos de los años 20, un movimiento de emigración de las aldeas bávaras hacia Suramérica con la esperanza de poder crearse una existencia menos precaria. El Padre Sauter, uno de los de la primera hora de la congregación otiliense y que como agrónomo y director de granjas había adquirido grandes méritos, creía –luego de una al parecer exhaustiva información personal– en la posibilidad de adquirir una gran extensión en Alhuampa, región norteña escasamente poblada y desarrollada. Esas tierras no eran como se esperaba: la falta de agua era endémica y las temperaturas, en ciertas épocas, alcanzaban hasta los 50 grados centígrados. Las preocupaciones del Padre y de los Hermanos que le ayudaban, llegaron a ser angustiosas; los colonos europeos se disolvieron dirigiéndose a otros puntos del país más favorables. Al final, después

de los audaces colonos, fueron despidiéndose los mismos iniciadores, el Padre Sauter y los Hermanos, para reunirse con los de Los Cóndores.

El caso de Bolivia

En 1926 llegaba a Santa Otilia una invitación, muy deferente, procedente de Bolivia. Venía de una dama rica y piadosa, que quería instalar en su propiedad "una sociedad religiosa". Afortunadamente, por evitarse una pérdida de tiempo, antes de que se pensara siquiera aceptar, se llegó a saber que la situación de esa propiedad no era nada clara.

Fue esta petición boliviana una de las tantas que por aquellos años llovían a Santa Otilia, mientras que al mismo tiempo, ¡cuántas ofertas llegaban del área centroeuropea para restaurar los monasterios secularizados desde tiempos atrás y que ahora, en los años de la posguerra, quedarían desocupados!

Por fin en Venezuela

Sobre los comienzos mismos de los benedictinos de la congregación de Santa Otilia en Venezuela, se puede leer en los anales antes citados y con fecha 6 de marzo de 1923: "El Padre Wilibrordo Lay y el Padre Antonio Leyh viajan a Caracas, Venezuela, para encargarse allí del asilo de niños pobres 'San José del Ávila'. La congregación intenta poner su pie allí y en Suramérica para encontrar ayuda económica en tiempos difíciles como los actuales".

Precedentes benedictinos en Venezuela, en escala menor desde luego, serían el caso del obispo de Caracas, Mauro Tobar, que fue monje de San Benito de Valladolid y cuya actuación al frente de la sede de Caracas se desarrolló en el siglo XVII y la presencia pastoral de dos monjes alemanes del monasterio de Mount St. Benedict, en la vecina isla de Trinidad-Tobago, a quienes, a fines de 1914, el arzobispo de Caracas envió a trabajar en la Colonia Tobar entre sus compatriotas. ¿Habría que aludir a los intentos del famoso abad dom Gerardo van Caloen, desde su monasterio de

Río de Janeiro (el año 1915) para encargarse de una misión al sureste de Venezuela, que no pudo realizarse?

Una primera mención de Santa Otilia la encontramos en las gestiones del entonces Internuncio Apostólico en Venezuela, escribiendo en 1916 al abad Zeller, de Seckau (Austria), quien fungía de visitador apostólico de la congregación benedictina del Brasil, y solicitando una fundación en Venezuela. La respuesta decía entre otras cosas: "...La congregación benedictina brasilera no tiene el suficiente personal para corresponder a las necesidades de las casas ya existentes en el mismo Brasil, así que no podrá hacer una fundación fuera de aquel país... Durante esta triste guerra (europea) es imposible encontrar una congregación que pudiera reanudar la misión entre los indios de Venezuela, tal como Vuestra Excelencia lo desea. Pero escribiré al archiabado de Santa Otilia, en Baviera, a ver si estaría dispuesto a enviar algunos misioneros después de la guerra. La congregación de Santa Otilia está muy floreciente y trabaja con mucho éxito en las misiones de África y Corea".

Sigue a lo anterior la intervención del Padre Santiago Machado, sacerdote secular de Caracas, quien había construido una casa, en un terreno de su propiedad al norte de Caracas, donde dió comienzo a la actual congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Trasladadas a otro punto de la ciudad de Caracas, la primitiva casa quedó con el título de San José del Ávila, llegando a ser pronto una especie de santuario nacional dedicado al patriarca San José, a donde acudían gentes de todo el país.

Ya en el ocaso de su vida, se dedicó el Padre Machado a escribir en 1921 al citado abad Zeller. Su carta indica escaso conocimiento de la orden benedictina –cosa comprensible, por otra parte– al decir, por ejemplo: "Como usted (el abad) tiene varias colonias en las Antillas, acaso sería provechoso contar en la vecina Caracas con una fundación. Deseo envíen dos o tres religiosos que se ocupen del internado y de la escuela pudiendo pasar más tarde a formar una colonia". El abad Zeller no le dio esperanzas, pero se dirigió el sacerdote venezolano al Nuncio Apostólico Cortesi que prometió echarle una mano. Pensando éste en una sugerencia anterior del mismo abad acerca de una escuela agrícola, unió esta posibilidad con el deseo del Padre Machado y así se dirigió por carta a la Nunciatura de Munich el 22 de febrero de 1922. El Nuncio de allí contactó enseguida con Santa Otilia.

Viviéndose aún las duras secuelas de la posguerra, dicho ofrecimiento no le cayó mal al archiabado otiliense ni a su comunidad. Las misiones de África se habían perdido y no era tan segura su restauración. Además el dinero de tantísimas donaciones para las misiones había perdido su valor debido a la inflación galopante. La congregación de Santa Otilia, pues, afrontaba un momento delicado y preocupante de cara al futuro.

El archiabado contestó al Señor Nuncio en Caracas diciéndole que, en principio, estaría de acuerdo. En esta correspondencia entre ambos personajes no se menciona para nada el proyecto de la escuela agrícola.

Reunido el Capítulo otiliense en enero de 1923, Santa Otilia manifestaba su disposición a aceptar tareas sociales, docentes y pastorales, lo que posibilitaría —según se afirmó— el lograr ayuda económica segura para los monasterios tanto actuales como futuros y, desde luego, para las misiones. Se sabe que con estas miras se llevó a efecto la fundación en las Islas Filipinas. Y, en cuanto al proyecto caraqueño, el acta capitular expresaba lo siguiente: “Para poner pie firme en el exterior, como en Alemania es muy difícil lograr fondos para el sostenimiento de las casas en la patria y en la misión, debe, por eso, ser aceptada la oferta del Señor Machado en Caracas, es decir, encargarse y dirigir el asilo de niños huérfanos por él fundado y desarrollarlo después hacia una fundación de la congregación”.

Tiempos después, este enfoque económico sería criticado en más de una ocasión..., pero los que vivieron aquellos años en su propia carne y en tanta penuria, lo juzgaron con más comprensión ya que el interés puramente económico tampoco fue su mira única y decisiva.

El envío de intenciones de misas, por ejemplo, de un dólar desde Estados Unidos constituía por aquel entonces una preciosa ayuda. Fue el suizo Padre Lucas Etlin, monje de la abadía benedictina de Conception (Missouri), quien llevó a cabo un gran plan de ayuda a monasterios, seminarios, etc., para que puedan subsistir y, con ello, alcanzar la meta tantas vocaciones.

Fue, pues, en este contexto de penuria como se aceptó la fundación de Caracas. Luego del informe elaborado por los dos primeros Padres llegados a Caracas, las cosas se desarrollaron con cierta rapidez y la aceptación definitiva fue comunicada a las autoridades venezolanas.

Sobre la llegada de los benedictinos a Venezuela en 1923, leemos en una obra reciente: “Una ley anticlerical del presidente Monagas del 3 de

septiembre de 1848 (dice): 'Se prohíbe la entrada en el territorio de la República a los individuos de ambos sexos pertenecientes a la Compañía de Jesús, y se dispone que se hagan salir de él a los que ya se hayan introducido, o se introdujeron ocultando su carácter' (Gaceta Oficial, 3/9/1848)". Es, sin embargo, extraña la supervivencia de la memoria, en Venezuela, de este Decreto de 1848 contra los jesuitas en pleno siglo XX. Bajo la presidencia de Juan Vicente Gómez, en 1913, el Consejo de Ministros buscó impedir el ingreso de los Hermanos de La Salle, y en 1923 el de los benedictinos, arguyendo que eran "jesuitas" y, por tanto, comprendidos en este Decreto monaguense. Es sólo increíble por la ignorancia religiosa de nuestros anticlericales que calificaban como obra de la ominosa Compañía de Jesús la fundación de la congregación venezolana de las franciscanas del Sagrado Corazón en 1890. Y es simplemente risible que vieran jesuitas detrás de la Orden Benedictina, nacida nada menos que un milenio antes⁶.

Las cosas, por fortuna, no fueron a más y peor. El Padre Machado envió el dinero para el largo viaje del grupo fundador, integrado por los Padres Wilibrordo Lay y Antonio Leyh y los Hermanos Benito Hagenauer y Jerónimo Metzger, grupo que partía de Amsterdam el 23 de marzo de 1923. Más tarde, además de algunos de la misma Santa Otilia, se les agregó la mayoría de los que habían estado en Argentina. Con ello se formó una comunidad notable numéricamente que, según el primer cronista de San José del Ávila, había adquirido un ritmo tranquilo... lo que auguraba un buen futuro.

Al año siguiente, y por invitación del dictador Gómez —lo que era un mandato insoslayable— los benedictinos debían de encargarse de un asilo similar en la ciudad de Maracay, a unos 120 kilómetros al oeste de Caracas. La tarea, pues, en Venezuela estaba encaminada para lo sucesivo.

Enseguida, sin embargo, afloraron algunas dificultades, bien sea por razones de la hipoteca del terreno —de unas cinco hectáreas—, bien porque la finca nunca llegó a ser propiedad de la comunidad benedictina. De hecho, todavía por el año 1939 las cosas seguían tal cual. Si en esto se daban motivos de corte político, o al menos se sospechaban, no es posible saberlo al detalle: ¿habría miedo de que los nazis se hicieran con la propiedad?...

⁶ H. Glez Oropesa, sj, *La vida religiosa en la Venezuela republicana*, Caracas, 1991, p. 94.

Otra dificultad o inconveniente, venía ahora por parte del Nuncio Mons. Cortesi, quien se disgustó con el Padre Wilibrordo Lay, ya que Santa Otilia no atendió como se esperaba la propuesta de la antes citada escuela agrícola, malestar del que se contagiaron las autoridades eclesiásticas caraqueñas.

Es más: tampoco le fue bien al mismo Padre Lay. Si bien mucho más tarde se reconoció lo acertado de su visión para el futuro benedictino en Venezuela, por aquellos años las cosas se veían de otra manera. El buen monje quiso —según se desprende de su primer informe sobre el proyecto venezolano— que ya desde el primer momento se planteara el fundar un monasterio propiamente tal, con su noviciado, etc., viendo posibilidades para ello. Su proposición, sin embargo, no cayó bien y fue destituido del cargo de superior sin previo aviso y, un año después, fue llamado a Alemania, siendo encargado de una capellanía de religiosas y falleciendo más tarde en una de las granjas de la archiabadía, lo que vino a interpretarse como una especie de marginación. Que el tiempo diera la razón a este venerable monje otiliense, pudo verse, por ejemplo, en el hecho de que varios jóvenes que habían solicitado su entrada, antes de la erección de San José del Ávila en priorato conventual, y no siendo admitidos, pasaron a otras congregaciones religiosas y alguno al clero secular, donde hicieron y siguen aún haciendo un buen papel, dando pruebas también de su perseverancia en su vida consagrada.

Sería algunos años más tarde cuando se pusiera en marcha la Escuela Agrícola "Los Venados", más arriba de San José del Ávila, en una ubicación realmente idílica y en plena sierra del Ávila. Por su corta duración de apenas cuatro años —de 1936 a 1940— su funcionamiento no se consideró sino como un episodio que no dejó huella alguna en la historia de la comunidad benedictina. Pero, en su primera visita canónica, en 1979, el nuevo archiabado Notker Wolf fue llevado de paseo a este bellísimo paraje de Los Venados, a unos 500 metros sobre la ciudad de Caracas y, por tanto, a 1500 sobre el mar, con una temperatura ideal. El comentario del referido Padre archiabado fue lamentarse por haberse abandonado aquel lugar con tantas posibilidades para un desarrollo monástico en forma. Hacía entonces exactamente 39 años que los benedictinos se habían retirado de allí...

Desde el primer momento, y durante los primeros 25 años, la comunidad vivió en condiciones realmente pobres y muy modestas. Se destinaba todo el dinero a la construcción del santuario San José, al sostenimiento

del internado y, algo más tarde, a otras instalaciones. Por otra parte, el emplazamiento al pie del gran cerro del Ávila, y dominando la capital de Venezuela, no suponía un ambiente tan negativo para el futuro desarrollo del monasterio, pero ya a fines de los años 40 y comienzos del 50 la expansión de la ciudad era algo imparable. El monasterio ya no quedaba más o menos fuera de la ciudad, como hasta entonces. No deja de ser curioso cómo el antes citado Padre Wilibrordo Lay advertía en una de sus cartas a Santa Otilia, previendo el desbordamiento de la ciudad que era aconsejable la compra de la pendiente sur del cerro y del frente de la casa para que “no monten allí casitas, ranchos, pulperías, etc., cerca de nosotros”. Hacia 1952 Caracas contaba sólo con diez parroquias; al año siguiente se crearon otras ocho, una de las cuales sería establecida en la iglesia, o santuario, de San José del Ávila, pero con el título de San Benito.

En una larga experiencia de los años que van desde la erección en priorato conventual, en 1947, a su rango abacial, en 1965, no faltaron ofertas de fundaciones al monasterio caraqueño, tanto en la misma Venezuela como en la vecina Colombia. Ya se ha aludido a la casa de Maracay. Si bien esta casa-colegio obtuvo buenos resultados en sus tareas, sobre todo educativas, nunca se planteó el desarrollarla con miras a la puesta en marcha de un monasterio en cuanto tal, habida cuenta de que la presencia de la comunidad benedictina en aquel lugar era algo atípico desde varios puntos de vista. Tampoco se pensó llevar a cabo algo definitivo y estable, desde una perspectiva monástica, en la finca donada a nuestra comunidad en 1948, o sea, en Camurí Chico, en el litoral central del país. Únicamente y de hecho se programó una vida monástica a pleno en los años que van desde 1979, con la puesta en marcha del noviciado, hasta el traslado de toda la comunidad de la abadía al nuevo monasterio de San José, cerca de la población de Güigüe, en el Estado Carabobo, el año 1989.

Aquella última etapa supuso una coincidencia providencial con los tiempos del Concilio Vaticano II. La erección en abadía de San José del Ávila fue decretada en diciembre de 1964, cuando ya el Concilio —para cuyo final sólo faltaba un año— había marcado las coordenadas teológicas y pastorales para acertar, con mayor profundidad, con las diversas identidades dentro del Cuerpo eclesial. Paulatinamente, y a veces no sin dolor, la comunidad de San José del Ávila fue reflexionando sobre su futuro como monasterio benedictino en la Iglesia local venezolana y sobre su servicio a la misma. Fue, luego, la visita canónica de 1979 la que invitó a dar ya los

pasos pertinentes para llegar a un replanteamiento de renovación según la teología del Vaticano II y las orientaciones de los últimos Capítulos Generales de la congregación. Supuso esto la elección de un nuevo superior en la persona del Padre José María Martínez, regresado hacía pocos años de Roma donde culminó sus estudios teológicos en la facultad de San Anselmo. Le correspondió llevar a buen puerto —como consecuencia de lo antes comentado— primero, el traslado de la abadía fuera de la ciudad a un área campestre para facilitar la vivencia de los valores simplemente monásticos, cosa que supuso, en segundo lugar, la revisión a fondo de nuestras tareas. Que de ello ha surgido un monasterio más definido y hasta más atractivo para las posibles vocaciones del país, es lo suficientemente claro. En todo caso, para más información sobre las dos etapas vividas por la comunidad en Caracas y en Güigüe, están, primeramente el *compte rendue* aparecido en la revista *Cuadernos Monásticos* 28 (1974) p. 171, con el título: "El Monasterio de San José del Ávila, Caracas" y el artículo "Güigüe, un nuevo Monasterio Benedictino con una nueva tarea", igualmente en *Cuadernos Monásticos* 100 (1992) pp. 95-108.

Y en Colombia

La no tan dilatada historia de la fundación efectuada por San José del Ávila en la república hermana de Colombia, sería la historia de una comunidad benedictina ya consolidada, en base a que la abadía venezolana cuenta ya, afortunadamente, con una filial autónoma.

Por diversos motivos, las expectativas vocacionales mantenidas, luego de la elevación de San José del Ávila a priorato conventual, no fueron colmadas. Entre otras medidas, se pensó como solución iniciar en Colombia un centro vocacional para dirigirlos a San José del Ávila. Se recordaba un caso semejante cuando la comunidad de Uznach (Suiza) mandaba postulantes y novicios a la archiabadía, cabeza de la congregación, y ello con buenos resultados. Llegado el año 1957 se enviaron "exploradores" al vecino país, siendo ellos los Padres Guido y Fridolino. Recalaron en Pamplona, no muy lejos de la frontera con Venezuela y situada a unos 2400 metros de altura. Obtenido el informe del Padre Guido, el Capítulo monasterial optó por Pamplona, en vez de la ciudad de Cali, cuyo informe facilitó el otro Padre. Una vez allí, no parece que las cosas se presentaran

entusiasmantes. Otros dos, el Padre Gregorio y el H. Benito, se lanzaron nuevamente a dar una ubicación mucho mejor. En Bogotá, el Señor arzobispo vio bien la idea y les informó de un pueblo llamado El Rosal, a sólo unos 30 kilómetros de allí, y cuya localidad se encontraba sin sacerdote. Se aceptó el cambio y la pequeña comunidad se retiró de Pamplona para instalarse en El Rosal, en una casona colonial con su patio amplio y galería circundante y con suficiente espacio para acoger a la comunidad en aquella primera fase fundacional. Con el nuevo emplazamiento, más adecuado, y con la vida religiosa que florecía vocacionalmente en la Iglesia colombiana, se miraba con cierto optimismo el futuro.

La apertura oficial del nuevo monasterio se realizó el 16 de enero de 1961, y dos años después era declarado priorato simple, siendo su primer prior el Padre Teobaldo Schmid, que cuatro años después sería elegido primer abad de Caracas. Supo éste dar el primer impulso en lo monástico, económico y vocacional, viviéndose con sencillez y responsabilidad el lema tradicional de "Oración y Trabajo", lema que desde entonces figura en el frontispicio del priorato benedictino.

No pudo verse que los años que van desde 1965 hasta la visita canónica realizada en 1975, resultaran vocacionalmente fecundos. Los dos visitantes, tras un examen detenido de la situación, resumían así su parecer: "Nuestras propias observaciones, experiencias concretas en los días de nuestra estadía allí y reflexiones pormenorizadas con los Hermanos de El Rosal y de Caracas, especialmente con los Superiores, nos llevan a la conclusión de que El Rosal no cumple ya con su finalidad de antaño. Por eso ordenamos el cierre del priorato simple de El Rosal".

Muy pocos se esperaban la medida, pero al mismo tiempo surgió en buena parte de los miembros de la abadía el deseo de salvar aquello. Providencialmente, en septiembre de aquel mismo año viajaba a Caracas en visita personal —no oficial— el nuevo archiabad de Santa Otilia, Víctor Dammertz, presidente, al mismo tiempo, de la congregación otiliense. Al oír unas y otras impresiones en la abadía caraqueña quiso viajar con el Padre abad Teobaldo al monasterio colombiano para ver *sur place* la situación. Dio una normas muy acertadas para salvar problema tan serio con lo que inyectó una esperanza a la pequeña comunidad de El Rosal.

En un momento posterior fue nombrado prior *ad hoc* el Padre Carlos Arrizabalaga que fue poniendo en práctica las consignas dadas por el ar-

chiabād y recibiendo, a la vez, la ayuda de otros dos monjes sacerdotes. La parroquia del pueblo pasaba al clero diocesano, la comunidad se reorganizaba y se iniciaban las obras para la construcción de una nueva hospedería, así como, algo más tarde, la de la iglesia prioral.

No menos importante para el futuro fue la profesión de cuatro vocaciones colombianas que llegaron después a la profesión perpetua. A ello hay que añadir la posterior edificación del nuevo monasterio, amplio y bien distribuido, cuyo estreno se efectuó en el curso del año 1990.

Mientras tanto, la afluencia de laicos, sacerdotes, religiosos/as, etc, para pasar en el monasterio unos días de retiro, o para hacer cursillos bíblicos, tendía a crecer año tras año, al mismo tiempo que se iba consolidando la base económica.

Con sus visitas anuales, nuestro Padre abad José María Martínez fue poniendo las condiciones, paso a paso, para que el monasterio colombiano alcanzara su etapa de autonomía a medio plazo, mientras que en el propio medio venezolano iban surgiendo algunas vocaciones. De ahí que la motivación inicial de la fundación de El Rosal quedara prácticamente de lado a la hora de reflexionar sobre nuestro futuro monástico tanto en Venezuela como en Colombia. Se encaminaba, pues, El Rosal a una vida propia sin otros fines o compromisos específicos respecto de la abadía fundadora.

Ya en las visitas canónicas de los años 1986 y 1990, los miembros de la abadía plantearon la conveniencia de la autonomía de su casa filial, plan que los Padres visitantes tuvieron en cuenta. Los capitulares de la abadía en sesión del 13 de diciembre de 1991, festividad de Santa Otilia, votaron a favor de este paso, mientras que los de El Rosal ya lo habían hecho pocos meses antes.

De lo que se trataba, en realidad, era hacer “de derecho” lo que ya se venía dando “de hecho”, puesto que, tanto por razones de distancia como de consideración a la responsabilidad de los miembros del monasterio colombiano, puede afirmarse que, en la práctica, venían desenvolviéndose con amplitud de movimientos, reduciéndose obviamente las intervenciones del Capítulo de la abadía fundadora a lo más indispensable en el terreno de lo canónico y en el de las propias Constituciones. Por eso, lo que ya se daba *de facto* se determinó fuera ya, finalmente, *de iure*...

Llegado el Capítulo General de la congregación benedictino-otiliense en octubre de 1992, el archiabed Notker Wolf firmaba el Decreto oficial

cómo presidente de la congregación. Se hacía constar en él que la elevación del monasterio de San Benito de El Rosal a su rango autónomo se efectuaba precisamente el día 12 de octubre, en el V centenario del descubrimiento de nuestro continente y a la vez, en el décimo aniversario de la bendición abacial del Padre José María Martínez: dos fechas significativas para nuestros monasterios emplazados en estas tierras latinoamericanas que configuran el Continente de la Esperanza, según lo ha llamado Juan Pablo II.

Hay que añadir que, como primer prior conventual, fue elegido por aquella comunidad el Padre Norberto Zeilinger, elección confirmada personalmente por el Padre archiabed. Sucede éste al Padre Carlos Arrizabala, quien ha venido trabajando a lo largo de treinta años tanto en Caracas como en El Rosal.

Es esta breve historia un buen aliciente para las dos comunidades benedictino-otilienses presentes en Suramérica, la venezolana y la colombiana, puestas al servicio de sus respectivas Iglesias locales y ello desde su propio carisma benedictino. Todo un motivo para agradecer —como dice el himno litúrgico— “al Señor de nuestra historia”.

El ayer y el hoy

Realizado aquí el repaso de cada uno de los proyectos suramericanos, habría que decir que, dentro del planteamiento misionero, cada vez más desarrollado, a medida sobre todo que se iba contando con mayor contingente de buen personal, y adicionalmente por la continua demanda de fundaciones y encargos misioneros, en esos mismos proyectos no se percibía, al menos a primera vista, una prospectiva monástica. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que en aquellos obreros de primera hora en la viña del Señor, que se consideraban integrantes del monacato benedictino, no fuera —usando la expresión escolástica— “lo primero en su intención”, pero, según el contexto general de entonces, “lo último en la realización”. Eran otras urgencias y tareas perentorias en aquellos años dramáticos en los que lo primero era poder vivir y mantener las numerosas vocaciones que empezaban a llenar los monasterios de la congregación otiliense, signo este de

Dios que no podía desafiarse. Esto por no referirnos sino sólo a esta causa de tipo económico.

Pero, al parecer, el abad primado de entonces, dom Fidel von Stotsingen (1871-1947), tenía sus inquietudes de cara a la marcha de la nueva congregación, que había sido integrada en la Confederación Benedictina en 1904 por el Papa San Pío X. Era de la opinión de que en las Constituciones, propuestas para su aprobación a la Santa Sede, debía resaltarse más el elemento monástico, mientras que el misionero figuraba incluso en el mismo título de la congregación que, en latín, rezaba: "Pro missionibus exteris"⁷. Se entiende esto dado que el mismo abad primado era quien debía presentar oficialmente dichas Constituciones a la Santa Sede.

Siguiendo, pues, una sugerencia del abad primado, la Comisión encargada dividió dicho documento en dos partes: 1) Constituciones propiamente tales, y Estatutos; y 2) Gobierno de la congregación en lo monástico y en las misiones, siendo la primera una explicación y aplicación práctica de la Regla de San Benito. Pero cuando nuevamente se le presentó al abad primado este trabajo para que él, a su vez, lo hiciera ante Roma, tampoco quedó satisfecho al pleno por cuanto las Constituciones se desviaban de las de la congregación de Beuron, que él veía como modelo a seguir.

Más tarde la Santa Sede daba su aprobación a un borrador que, ante lo advertido por el abad primado de la Orden, comprendía varios cambios y ciertas adiciones. El largo, y a veces doloroso, proceso redaccional de las Constituciones de la congregación de Santa Otilia había durado cuarenta años: desde 1895 a 1935.

En una segunda época de la historia benedictino-otiliense, y en tiempos tan exigentes como los del *aggiornamento conciliar*, la congregación hubo de decantarse en base a unos conceptos cónsonos, primeramente, con el Decreto PC, sobre la vida religiosa y, obviamente, en segundo lugar, con el Decreto AG, concerniente a las misiones. Fue todo un esfuerzo que

⁷ Fue suprimido después del Concilio Vaticano II en el Capítulo General del año 1966, "expresándose así un cambio en lo que se entiende hoy por la vocación al trabajo misionero" (G. Sieber, *oc.*, p. 206).

se dio en los seis últimos Capítulos Generales, sobre todo, y que tanto honra a la congregación y a su sensibilidad eclesial⁸.

Según esto, y en lo tocante al tema de estas páginas, por no hablar aquí de otros pasos importantes dados por los citados Capítulos, hay que poner de relieve cómo el Capítulo General de 1988 determinó como "punto esencial" de entre las tareas de la congregación y en lo sucesivo "la implantación del monacato benedictino en las Iglesias jóvenes", palabras que luego, en las Constituciones se recogen también oficialmente⁹. Parece claro que ello corresponde, paralelamente, a lo que habla el final del n. 18 del Decreto AG con referencia a la implantación de la vida contemplativa: "Por ello es necesario *implantarla en todas las Iglesias jóvenes*".

De modo similar, habría que creer que la expresión "centros de espiritualidad", frecuentemente empleada en los últimos y diversos documentos oficiales y oficiosos de la congregación, corresponde a otra expresión conciliar, como sería "semilleros de edificación (del Pueblo de Dios)" (PC 9).

Por otra parte, el resultado de este cotejo entre los documentos del Vaticano II y los de los últimos años de la congregación, vendría a coincidir, en una visión de fondo, con el propósito del iniciador Andrés Amrhein, quien reconocía en los monasterios de la alta Edad Media unos centros de irradiación evangelizante y unos focos de vida cristiana, o de espiritualidad. Otra cosa sería el que, habida cuenta de los avatares históricos tan complejos que le tocó vivir a la congregación ottiliense, "ese ideal original sólo pudo realizarse a manera de intento"¹⁰.

De ahí, que se haya creído llegada la hora, partiendo del posconcilio, de que "esta toma de conciencia significa ante todo una orientación hacia el espíritu y el verdadero propósito del iniciador"¹¹.

⁸ Fueron ellos los celebrados en 1966, 1968, 1971, 1977, 1984, 1988 y 1992.

⁹ Derecho Propio de la Congregación Benedictina de Santa Otilia, p. 20.

¹⁰ N. Wolf, *La Congregación Benedictina de Santa Otilia al servicio de la Iglesia Misionera*, Santa Otilia, 1984, p. 3.

¹¹ N. Wolf, *o.c.* p. 3.

Así, por lo menos en líneas generales, habría que interpretar lo que ocho años antes de que Pablo VI promulgara el Decreto AG, emprendía la congregación otiliense en Hanga (Tanzania) con todo un monasterio que, además de autóctono al cien por cien, ha dado tan buenos resultados en más de un aspecto y que cuenta hoy con varias filiales. Y serían también los casos –aunque con matices– de las fundaciones llevadas a efecto, a partir del Capítulo General de 1977, en Tigoni (Kenya), Digos (Filipinas), Hwajop (Corea), Tororo (Uganda), más las pre-fundaciones asumidas ya por la congregación: dos en África (Togo y Zaire) y una en Asia (India).

Con este compromiso de cara a la implantación de la vida monástica y benedictina en las Iglesias jóvenes mediante comunidades que ejerzan de centros de espiritualidad y con una irradiación evangelizadora, el criterio inicial de la congregación no ha sido alterado, sino más bien reforzado. Ese mismo criterio, como pudo verse aquí, no aparece como prevalente si se mira lo que fueron las décadas en las que Santa Otilia intentaba establecerse en Suramérica. Se buscaba, en un primer momento, ir desarrollando una actividad acorde con la orientación misionera y pastoral, educativa y asistencial, y ello según la teología de la misión de la época. Lo de Huána-co (Perú) y Los Cóndores (Argentina) resultó ser una historia imposible, al tiempo que lo de Caracas y, años más adelante, lo de El Rosal, en su evolución monástico-benedictina, culminó unas pautas de evidente interés que, al decir de más de un abad de la congregación con ocasión de los recientes Capítulos Generales antes comentados, representarían una experiencia a tener en cuenta en el futuro.

*Abadía de San José
Giüigüe 2010
Venezuela*